

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8683

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIO DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7.50 id.—Extranjero, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, No. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Martes 7 Octubre 1897.

NAVARRO

19, ISAAC PERAL, 19.

Gran surtido de relojes de bolsillo de oro, plata, níquel y acero. Variedad de los de mesa, pared y despertadores. Excelente taller de composuras.



Cadenas, colgantes y diges.

EXACTITUD Y ECONOMIA.

CORREO DE SEÑORAS

Como el calor no nos ha dejado, nadie se ocupa de modas de entretiempos, y todas las señoras llevan los trajes que han usado en los balnearios, aunque algunos piden á gritos reemplazo, pero como no hay quien se lie de estos calores del mes de Octubre se les hace tirar á los trajes de verano en la seguridad de que de ellos pasaremos sin transición á los abrigos de pieles, pues los cambios bruscos son la exclusiva de este dichoso clima de Madrid.

No pudiendo, pues, hablar de modas, dedicaremos este espacio á la higiene, que ya se sabe que es el arte de conservar la salud, la belleza y de prolongar la vida.

Dice un distinguido doctor:

«La elección del vestido depende del gusto y de la costumbre.

La variedad del clima, aun dentro de nuestra Península, impide establecer reglas para que sean de más ó de menos abrigo. En Madrid, en que se acostumbra á pasar sin intermisión del frío al calor, y viceversa, debe consultarse con la mayor ó menor sensibilidad del individuo, sin olvidar, no obstante, que vale más sudar que toser.

Los vestidos deben ser cómodos, amplios y sencillos; la mucha ropa abrumba, la necesaria abriga; la amplitud aumenta el poder y se presta á la agilidad, al paso que la opresión encierva y asfixia.

A los niños hay que vestirlos cuidando ante todo de la comodidad; nada de apretarles la faja ni atarles la cabeza con una cinta en los primeros días, pues con no ponerlos derechos mientras no tengan fuerzas para sostener la cabeza, se evita el tenerlos que llevar con esas molestias, que todo eso es en perjuicio de su salud.

Los colchones de los niños conviene que sean de hojas de helecho y el aire de las alcobas debe purificarse á menudo quemando vinagre sobre una badilla ó plancha caliente.

En cuanto al tiempo que debe dormirse está en relación con el movimiento de composición orgánica, así es que no es el mismo en todas las edades; el niño necesita dormir 8 horas y los jóvenes lo mismo; de 6 á 7 el hombre de negocios y de 8 á 9 los convalecientes.

El sueño, para ser reparador, necesita ser continuado y pacífico; el alimento que se tome antes de acostarse debe ser ligero y de fácil digestión.

Los que duermen con mucho exceso suelen enfermar y adquieren un carácter irascible.

La falta absoluta de sueño es muy perjudicial y acarrea jaquecas y otras mil molestias.

En cuanto á los alimentos, lo mismo mata el exceso en comer y beber que el hambre; los niños comen para crecer, los jóvenes para mantener sus fuerzas, los viejos para

repararlas y conservarse. Las naturalezas robustas deben preferir los alimentos fuertes, pero guardarse de cometer excesos. Las personas débiles deben alimentarse de sustancias ligeras, aunque sustanciosas, tomándolas en pequeñas cantidades; evitando toda comida pesada. Los de avanzada edad deben comer varias veces al día en pequeñas cantidades.

Las verduras nutren poco, pero conviene alternarlas con las comidas fuertes para no cansar el estómago.

Las frutas son perjudiciales siempre que no estén en completa madurez.

En los países fríos conviene el alimento animal, en los cálidos las sustancias vegetales, en los templados un régimen mixto.

El azúcar usado con moderación conviene á todos los temperamentos y á todas las edades, pero es nocivo para las personas que padecen diabetes, flatos y desfallecimientos de estómago.

El agua pura y limpia es la bebida más útil que la naturaleza ha prodigado en gran abundancia á todos los seres, y el mejor y más activo de todos los disolventes y ninguna otra perfecciona tan bien la digestión.

El vino es, después del agua, la bebida más común del hombre, la más útil y saludable. Contiene una aura espirituosa y agradable, que calienta el estómago.

Su acción es rápida y se comunica con increíble rapidez, por medio del sistema nervioso, á todo el cuerpo. Usado con moderación, acelera la digestión, hace más activa la circulación y calorificación y exalta las facultades mentales.

Por el contrario, cuando se abusa de él, el organismo cae en un abatimiento profundo, apagándose de pronto la inteligencia.

Las bebidas fermentadas son dañosas fuera de las comidas. El aguardiente en ayunas es también nocivo, si se toma entre las comidas en corta cantidad ayuda la digestión.

El café no conviene á los que se desvelan y á los de una naturaleza muy ardiente.

Los helados son provechosos ó perjudiciales, pues la misma clase de helado que causa una incomodidad, puede á veces remediarla; su continuado uso no es conveniente, pudiendo únicamente decir sobre ellos que deben preferirse los de chufas, fresa, granada y leche.

La receta de la semana.

Chuletas usadas en parrillas.—Se cortan las chuletas no muy gruesas, y después de preparadas se ponen en adobo de manteca caliente, con perejil, cebolla, setas y ajos, todo picado muy menudo, echando sal y un poco de pimienta: pasado un rato se sacan, se las espolvorea con miga de pan, poniéndolas en la parrilla para que se asen á fuego lento; cuando estén en punto y con buen color, se ponen en una fuente, en forma de corona, se echa por encima el resto que quedó en adobo, y se sirven.

Picciola.

Variedades.

FIANZAS

Ingresaron en la cárcel en un mismo día y á una misma hora.

Ambos estaban procesados por suponerseles autores, respectivamente, de un robo cometido tres días antes y de otro robo llevado á cabo la noche anterior. No se conocían el

uno al otro y esto nada tiene de particular. Enrique era un hombre honrado, y Jerónimo un ladrón de oficio. El primero fue apreso en virtud de una infame calumnia. Esto no será muy justo, pero es cosa corriente. Lo que no se comprende es la prisión del segundo, verdadero autor del delito que se le imputaba y de otros varios cometidos en distintas épocas.

En este hermoso país rara vez suelen ser cogidos los ladrones...

Un mismo techo cobijó al inocente y al malvado.

Al penetrar en el inmundo patio—sitio de recreo en donde los presos se entregan á todas las distracciones engendradas por el ocio ó por los malos instintos—Enrique creyó morir de vergüenza. Acurrucóse en un rincón, porque sus piernas flaqueaban, y sus ojos se oscurecían; escondió el rostro en los ardorosas manos y lloró amargamente... ¡Mala hembral!

Jerónimo entró allí como Pedro por su casa... Tranquilo, alegre, satisfecho... No pudo contener unos cuantos gritos de alegría al ver entre los reclusos unos cuantos rostros conocidos pertenecientes á otros tantos compañeros que compartieron con él, en días no lejanos, las dulzuras y los sinsabores de su productiva profesión. Hubo apretones de manos, saludos cariñosos, sarcásticas enhorabuena... —¡Hola, Melindres!... ¿cuándo has venido?... ¡Gallo!... ¡está aquí el Zamaco... ¡Y el Chancletal... ¡Ya sabéis que se os quiere... Bien, ¿y tú?... ¡Cuántas ganas tenía de encontrarte!... ¡Vengan esos cinco, Mata pulgas!... ¡Y yo que creí que estabas en Tarragona!... ¡Y Chupa charcos?... ¿Qué ha sido de él?... ¿En Céuta?... ¡Lástima de chico! Si me hubiera hecho caso... Si le hubiera pegado un puntapié á la Marmita... Esa fue la que le perdió...

Jerónimo obsequió con unos puros á sus antiguos camaradas.—¿Ha sido bueno el golpe, eh?—gruñó Zamaco. El recién llegado se encogió de hombros.—¡Ah! poca cosa... quinientos cincuenta duros, un reloj de oro, dos medallones y una docena de cubiertos de plata... Ná, hombre, ná... Los tiempos están malos...

Sentáronse todos en el santo suelo. Hablaron de las aventuras pasadas, de las contingencias del porvenir... Formáronse atrevidos planes para el día en que estuvieran en libertad. ¡Qué planes!... Sobre todo el de Mata pulgas... Un golpe de mistó... Diez mil pesos mundos y lirondos... Ya sabí él en qué sitio estaban... ¡Y la cosa más fácil del mundo! Con cortarle el masapán á un vieja.

—¿Y piensas estar aquí mucho tiempo?—exclamó Melindres, dirigiéndose á Jerónimo.

—¡Oh, hombre, cá!... Mañana vendrá á verme el Pintao... Le he ofrecido cincuenta duros si me pone la fianza...

El Pintao es todo un personaje. La taberna que tiene en una de las calles más concurridas de Barcelona, es el punto de reunión de los más distinguidos ladronzuelos de la ciudad condal. El Pintao expende veneno con el nombre de vino, y es al mismo tiempo cómplice y encubridor de casi todos los robos que se proyectan en los cuartuchos interiores de su bodegón. Si es preciso esconder alguna efectos de dudosa procedencia, allí está la cueva del Pintao, llena por cierto, de misteriosos escondrijos...

El tabernero es una buena persona, según dicen todos los que le tratan íntimamente. Los pa-roquianos que hacen gran consumo nunca le han visto incomodado. Suele fiar á

los que él comprende que pueden pagarle un día ó otro. Suele también equivocarse á su favor en las cuentas que presenta después; pero ¿qué bandido, que se precie un poco de generoso, va á entretenerse en señalar y en deshacer esas equivocaciones? La cosa no merece la pena... y menos tratándose de una persona decente, como el Pintao, que paga con puntualidad el recibo de la casa, y el del gas, y el de la contribución; que sabe dar buenas propinas á los polizontes, cuando lo cree necesario, que tiene voto y que siempre está dispuesto á hacer cualquier favor... pagándolo, por supuesto.

Y la prueba está en lo que ocurrió á los pocos días de entrar Jerónimo en la cárcel. El juez que instruí la causa manifestó al procesado que si quería esperar en libertad el resultado de la misma, podía presentar un fiador que reuniese los requisitos que marca la ley y que se obligase á pagar dos mil quinientas pesetas, caso de que recayese sentencia condenatoria y el delincuente se escapara. Pues allí fue el Pintao, después de embolsarse los cincuenta duros que le dió Jerónimo, y presentó los recibos de contribución que acreditaban la existencia de su establecimiento. Prestó la fianza exigida y Jerónimo salió de la cárcel á los cinco días justos de haber entrado. Es inútil añadir que á la siguiente mañana cometió otro robo, del cual dieron cuenta los diarios. Por cierto que la noticia terminaba como de costumbre: *El autor no ha sido habido.*

—Puede usted salir en libertad, bajo fianza personal de dos mil pesetas—le dijo á Enrique un dependiente del Juzgado encargado de notificarle la resolución del Juez.

—Si usted me hiciera el favor de explicarme eso... —exclamó Enrique con voz temblorosa.—Yo no me he visto nunca en estos casos... Yo me voy á volver loco si no me sacan pronto de aquí...

El escribiente curialesco pareció no fijarse gran cosa en las angustias de aquel desgraciado. Mientras desenvolvía un rollo de papeles, dijo:

—¿Tiene usted algún amigo ó conocido que tenga establecimiento abierto, que pague al año más de cien pesetas de contribución y que quiera responder de la persona de usted?

—¿Que quiere usted que tenga—balbucó Enrique casi ahogado por el dolor—Soy un pobre albañil y no conozco más que á los de mi clase, que son tan pobres como yo... y á los vecinos de mi casa, todos artesanos, todos pobres... Señor... hace dos semanas que no trabajo... El día antes de venir aquí tuve que vender mi chaquetón de invierno para llevarles pan á mi mujer y á mis hijos... soy inocente... no me he hecho nada malo en mi vida... se lo juro á usted por la salud de lo que más quiera en este mundo.

El escribiente emborrónó medio pliego de papel, preguntó al albañil que si sabía firmar y en vista de la respuesta negativa de éste, levantóse para marcharse.

—Pues vea usted si encuentra un fiador—dijo al salir— porque si no tendrá usted que estar aquí una porción de tiempo.

Encontrar un dueño de un establecimiento que respondiese de un pobre desgraciado que no tenía más patrimonio que sus fuerzas, su honradez y sus deseos de trabajar, su hambre y el hambre de su mujer y de sus hijos!... La cosa era facilísima...

La esposa del albañil corrió de casa en casa solicitando protección para su inocente marido, se arrastró á los pies del juez y los regó con sus lágrimas... ¡Todo inútil! La hon-